

BICENTENARIO: ¿PUNTO DE LLEGADA O DE PARTIDA?¹

Carmen McEvoy*

Me gustaría iniciar este ensayo en el cual exploro un conjunto de ideas que he venido analizando en este largo confinamiento pandémico,² recordando el bellísimo poema de un mexicano universal. Acá me refiero a José Emilio Pacheco, quien nos regaló *Horas Altas* (1976), una joya literaria que parece fue escrita para estos tiempos de muerte, dolor, incertidumbre y desilusión.

*En esta hora fluvial
hoy no es ayer
y aún parece muy lejos la mañana
Hay un azoro múltiple
extrañeza
de estar aquí de ser*

* Bachiller en Educación por la Universidad Femenina del Sagrado Corazón (UNIFE). Licenciada y Magister en Historia por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). PhD en Historia de América Latina por la Universidad de California, San Diego. Profesora en la PUCP, U.C. San Diego y Universidad de Sewanee. Investigadora. Distinguida con los premios Jorge Basadre, John Simon Guggenheim y la Medalla de Oro de la Municipalidad de Lima. Presidenta de la Comisión de Celebración del Bicentenario. Autora de diversas publicaciones y libros, entre otros: *La utopía republicana: ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana* (1997); *Guerreros civilizadores. Política, sociedad y cultura en Chile durante la Guerra del Pacífico* (2011); y *La república agrietada. Ensayos para enfrentar la peste* (2021). <cmcevoy@sewanee.edu>

1. Las ideas desarrolladas en este ensayo fueron presentadas en la Conferencia de *El Múltiple Interés del Psicoanálisis*, conmemorando el 41 aniversario de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis, el 28 de mayo de 2021.
2. Este ensayo se basa en una serie de artículos, escritos en pandemia, entre ellos *Bicentenario republicano: dolor, resiliencia y esperanza*, incluido en *25 ensayos desde la pandemia para imaginar el Perú Bicentenario*, publicado por el Proyecto Especial Bicentenario en junio de 2020.

*en un ahora tan feroz
 que ni siquiera tiene fecha
 ¿Son las últimas horas de este ayer
 o el instante en que se abre
 otro mañana?
 Se me ha perdido el mundo
 y no sé cuándo
 comienza el tiempo
 de empezar de nuevo
 Vamos a ciegas en la oscuridad
 Caminamos a oscuras
 en el fuego.*

Si a estas potentes palabras del polígrafo mexicano, quien en su obra critica el patriotismo además del legado de la Revolución Mexicana, le agregamos las del siempre lúcido James Joyce, será posible poner en perspectiva la discusión en torno a nuestros doscientos años de una “libertad”, cuya conmemoración se ha visto marcada por un evento inédito. “La historia es una pesadilla de la que estamos intentando despertar”, afirmación de un escritor que siempre clamó por una patria independiente del dominio imperial, parece estar aludiendo —tal como ocurre con el poema de Pacheco— a los terribles estragos de una pandemia mundial que ha paralizado el planeta empujándonos a reflexionar sobre nuestras debilidades, pero también nuestras fortalezas como especie humana.

La pregunta que ronda en la mente de millones de compatriotas que han perdido a la madre, la hija o al compañero de vida es: ¿Quién está de ánimo para celebrar los doscientos años de una *república agrietada* que hace agua por todos lados en medio de una emergencia sanitaria inédita, aunque con antecedentes históricos en el Perú? Considerando nuestro sistema de salud, a punto de colapsar, y una pobreza que avergüenza, ¿somos realmente treinta millones de hombres y mujeres libres? ¿Gozamos todos de la “dignidad republicana” a la que se refirió alguna vez el Tribuno de la República José Faustino Sánchez Carrión? Una buena manera de abordar esta “conmemoración” marcada por la tragedia, es regresar al hito fundante: un mundo plagado de conflictos y problemas, algunos de ellos paradójicamente similares a los que estamos viviendo en la actualidad. Un retorno a los orígenes de la república permite analizar sus desafíos, sus limitaciones, y la promesa de igualdad, bienestar y felicidad, celebrada con causa, pisco y música un 28 de julio de 1821 a lo largo y ancho del Perú. Porque María Parado de Bellido, los “patrianos” guerrilleros de la sierra central o el valiente chorrillano José Olaya tenían en su mente un sueño. Una suerte de horizonte esperanzador que dista de esta enorme desigualdad y frágil institucionalidad que nos interpela diaria-

mente porque atenta contra la democracia, base fundamental de una república que llega a su bicentenario sin oxígeno.

En un iluminador artículo respecto al impacto de la cuarentena en la mente humana, el psicoanalista italiano Massimo Recalcati plantea una paradoja. Por un lado, hombres y mujeres con cuadros subjetivos graves exhiben signos de mejoramiento debido a que “la realidad se ha vuelto más grave que el delirio”. Por el otro, el confinamiento se ha convertido en una solución radical al problema de las relaciones con el otro. “El distanciamiento social”, afirma Recalcati, “no solo se manifiesta como exigencia sanitaria, sino como un fantasma arcaico del ser humano: evitar lo extraño, lo abierto, lo desconocido”. Porque, si bien es cierto que hay una serie de problemáticas antiguas visibilizadas por esta pandemia (angustia del empobrecimiento, angustia depresiva, crisis de pánico, impotencia sexual, entre otras), la “configuración depresiva” asociada al Covid-19 proviene de una gran pérdida: enfrentar un mundo desconocido. Dentro de ese contexto, los recursos mentales de millones de seres humanos están siendo probados de manera cotidiana para lidiar con lo incierto en medio de un sinnúmero de carencias, entre ellas, las más básicas. Por otro lado, lo positivo de esta cuarentena —que nos aleja física, aunque no virtualmente, de la comunidad humana que nos define como animales sociales— es una benéfica desintoxicación psíquica de nuestra hiperactividad y dependencias cotidianas. Obligándonos, de acuerdo con Recalcati, a la “introversión obligatoria”.

Siguiendo esa línea argumentativa, propongo ensayar el concepto de la “introversión” a la problemática social que el Covid-19 refleja como un espejo. Un hecho que está empujando a miles de hombres y mujeres a dejar el confinamiento para protestar contra la injusticia y el racismo que corroe los cimientos de la democracia liberal. Si la llamada “república modelo” —me refiero a Estados Unidos de Norteamérica— no puede ocultar una profunda crisis estructural, ¿qué les queda a las hispanoamericanas?, las cuales, como el caso de la peruana, la chilena o la brasilera, no han logrado erradicar taras seculares como la corrupción, la desigualdad, la injusticia o la idea de la superioridad racial. Lo que queda claro es que, en este tiempo de plagas, saltan a la vista las enormes contradicciones de los sistemas e instituciones contemporáneos que reclaman a gritos una profunda transformación. “El devenir del nuevo orden mundial”, subraya Ignacio Ramonet³, “podría estarse jugando en medio de un evento que tiene los visos de las ficciones apocalípticas solo vistas en las películas”.

A pesar de que por décadas se ha señalado que el siglo XIX fue “un siglo a la deriva”, no es posible negar que en el Perú existió un horizonte cultural republi-

3. Texto escrito para *Le Monde Diplomatique* el 25 de abril de 2020. Enlace: <https://mondiplo.com/la-pandemia-y-el-sistema-mundo>

cano que, con las limitaciones de su tiempo, se propuso luchar por la justicia, la igualdad y la felicidad. Desde la apuesta por la república frente a la de monarquía constitucional, que terminó con la caída del Protectorado, hasta el convencionalismo liberal, que se encargó de abolir la esclavitud y el tributo indígena, pasando por la modernización del Estado durante el primer civilismo, el republicanismo peruano dio peleas tanto en el ámbito de la construcción del poder estatal como en el de la ciudadanía. La Guerra del Pacífico desbarató el proyecto que, con sus luces y sombras, estableció un vocabulario y una praxis política que, aunque poco reconocidos, se han mantenido a lo largo de dos siglos. Lo rescatable de dicha propuesta, que surge en el primer debate doctrinario que acompaña a la fundación de la primera república, es que asocia ciudadanía a república, las dos caras de una misma moneda que deberían desarrollarse y crecer de manera simultánea con la finalidad de concretar el bien común. Aún sorprende que en pleno siglo XIX, cuando Benjamín Vicuña Mackenna solicitaba una guerra a muerte contra los araucanos chilenos, el puneño Juan Bustamante afirmaba que no era posible conformar una república sin la presencia de miles de indios quienes carecían de ciudadanía. Bustamante fue asesinado y su sueño se truncó, aunque revivió en las jornadas campesinas del siglo XX; sin embargo, el Perú ha vivido de espaldas a sus regiones; y los gobernadores regionales, de espaldas a sus votantes. Lo cierto es que, sin una república moderna, con servidores públicos convertidos en su vanguardia y voz, resulta muy difícil generar las políticas públicas que provean a los ciudadanos del bienestar material que merecen. Así, la tarea para este siglo XXI es no solo movilizar a la sociedad, como lo planteó en su momento Alberto Flores Galindo en una de las décadas más violentas del siglo XX, sino construir un estado republicano con ciudadanos y ciudadanas honestos que trabajen por el bienestar general que, ahora sabemos, luego de una terrible pandemia, redundará, asimismo, en el bien personal.

En una entrevista reciente, José Carlos Agüero señaló que esta pandemia lo ha hecho reflexionar respecto de su propia ciudadanía, la cual, debido a la precariedad sanitaria, carece de contenido y, acá nos permitimos agregar, de unas bases materiales mínimas para la dignidad que todos los peruanos merecemos. Pienso, por ejemplo, en la precariedad de las viviendas aglomeradas en los cerros de Lima o en las colas interminables de los hospitales públicos carentes, ya no solo de alcohol y gasa, sino de camas y balones de oxígeno que los traficantes de la muerte venden a precios inalcanzables para las mayorías infectadas de Covid-19 y sin un Estado que las proteja, aunque el derecho a la vida aparece en la constitución de la República del Perú. La mercantilización de la salud, que viene de larga data e incluye a farmacias y clínicas privadas, es otra de las plagas que ahora agobian a un país que exhibe una de las mayores cifras de muertos, ciento ochenta mil, per cápita, en el mundo.

¿Existía en el plano original de la república, con esclavos y servidumbre indígena pero también con libertad de vientres y menciones precisas en torno al bien común y la felicidad, un espacio para una esperanza que se traiciona? Y si la respuesta es afirmativa ¿cabe la posibilidad de reinventar un constructo que se imaginó perfectible y con posibilidades de transformarse a lo largo de la experiencia? ¿Será posible dotar de nuevos significados a la agrietada república del Perú de cara a un mundo post-Covid que, como bien sabemos, será de reconstrucción política económica y cultural planetaria? Para contestar estas preguntas se hace necesario conocer el templete republicano, reflexionando sobre sus luces, pero también sus sombras, lo que está relacionado a las fallas de origen que, obviamente, no permitieron “republicanizar al Perú”. Antonio José de Irisarri, ese incansable y díscolo guatemalteco de nacimiento, luchador por la independencia de Chile e intendente en ese país, escribió en 1828: “Creemos que no hay más que decir república para decir felicidad”, para a renglón seguido añadir: “La astucia de algunos individuos sobre la falta de ilustración de la masa popular, ha sido siempre el escollo en que perecen las repúblicas. El pueblo, entusiasmado por la libertad, tal vez trabaja por destruirla”. El texto de Irisarri refleja con meridiana claridad la tensión en esa república querida y temida, entre el amor a la libertad y a la razón, y el miedo al caos y a la anarquía que comparten los primeros políticos del siglo XIX hispanoamericano. Sin embargo, el recelo frente a la carencia de aquello que José Faustino Sánchez Carrión denominó como “la aptitud civil de la república” cedió ante la certidumbre de que la instauración de un orden republicano era la única alternativa viable luego del derrumbe del sistema colonial. Fue por esa “porfiada insistencia” a favor de una fórmula política frente a la cual Europa empezaba a mostrar una profunda desconfianza, que Hispanoamérica se convirtió en “un campo de experimentación formidable”, donde ideas e instituciones originadas en el Viejo Mundo fueron adoptadas y adaptadas, al mismo tiempo que se generaban y ensayaban prácticas políticas nuevas, diversas, de resultados inciertos.

El establecimiento de “buenos gobiernos republicanos”, capaces de resolver el urgente problema de la representación política, se convirtió en una tarea titánica en el Perú. El congresista Francisco Xavier de Luna Pizarro opinaba que la “sublime empresa” de “constituir una república” era un desafío tremendo debido a lo “forzoso” que era “acordar opiniones” en un mundo caracterizado por la heterogeneidad. El sacrificio del bien individual “en aras del verdadero bien nacional” —ineludible deber de todo buen republicano— irremediabilmente colisionaba contra el “desastroso principio del interés personal”. Trabajos como el de José Carlos Chiaramonte nos han hecho reflexionar respecto de los olvidos que fueron necesarios para construir ese “mito de una nacionalidad originaria” íntimamente ligado al proyecto republicano de corte unitario como el propuesto por Luna Pizarro.

La atención al republicanismo como problema conceptual de profundas implicaciones para la comprensión de la cultura política en Hispanoamérica, ha sido puesta en el tapete de su historiografía junto con el rescate de la historia de las ideas y del pensamiento político. El desarrollo anterior, estrechamente asociado a la revaloración del tema de la ciudadanía, tiene que ver con la madurez de la disciplina histórica, cuyo mayor logro ha consistido en desplazarse de los estrechos márgenes a los cuales la tenía reducida el materialismo histórico y sus derivados ideológicos. La recuperación de la vieja discusión en torno a la construcción del poder, una verdadera revolución copernicana mediante la cual se ha logrado incorporar la complejidad de sus procesos, prácticas y símbolos en el contexto de un intenso quehacer ideológico, no excluye el análisis de la praxis política. Por otro lado, la vuelta a la biografía ha posibilitado tomar en consideración el papel de los actores individuales, lo que ha permitido una ampliación del ámbito de la tradicional historia política, aunque sin descuidar a la historia social con sus redes de personas e ideas; estas últimas fundamentales para entender la trama en la que se fue gestando la política hispanoamericana.

En la medida que el triunfo patriota redefinió un contexto y sentó una agenda política novedosa, el concepto de república se verá asociado tanto a un gobierno diametralmente opuesto al de la monarquía absoluta como a la nueva sociabilidad practicada por los “hombres de mérito”; una categoría que les fue otorgada en exclusividad a los republicanos. El contrapunto con un pasado inmediato al que se considera nefasto se convierte así en un arma retórica para la lucha por la legitimidad simbólica. De acuerdo con Manuel Lorenzo de Vidaurre, la diferencia entre monarquía y república radicaba en el hecho de que en un gobierno republicano “la virtud” era el principio rector, mientras que “el camino de las dignidades” formado “por la infamia y corrupción” era la base del sistema monárquico. En un escenario donde lo que primaba era la propaganda ideológica, los preceptos primordiales de la república se verán relacionados con una serie de condiciones básicas, siendo la principal que todos los hombres nacían libres y con igualdad de derechos. El fin de una asociación política de corte republicano consistía en mantener los derechos naturales imprescriptibles del hombre, es decir, la libertad, la propiedad, la seguridad y la capacidad de resistir la opresión. A partir de la década de 1820, las ideas liberales estuvieron asociadas a la división de los poderes del Estado, el igualitarismo, la libertad negativa, la primacía de la ley y el predominio del gobierno constitucional. No bastaba conseguir la independencia, era necesario consolidarla, y la única manera de lograrlo era que los peruanos se “constituyesen” y que sus leyes fundamentales fueran revestidas de “decoro y majestad”. La influencia de John Locke se hizo evidente en la discusión propiciada desde las páginas de *Los Andes Libres*, donde se asoció la ley con la libertad. Locke fue citado por los autores peruanos para validar una serie de conceptos muy

cercanos al ideario liberal, como el de la libertad (“facultad que tenía un hombre de hacer lo que le pareciere siempre y cuando no dañara a otros hombres”), el de la igualdad (“derecho a ser protegido en sus medios y en sus facultades sin diferencia de unos hombres a otros”) y el de la propiedad (“facultad exclusiva de disponer y gozar a nuestro arbitrio del producto de nuestro trabajo”). Existía un consenso entre los participantes de aquella intensa discusión pública —a la que Jorge Basadre denominó el primer ciclo doctrinario peruano— respecto de que la soberanía residía en el pueblo y, por ende, era éste el que debía elegir a sus “representantes para pronunciar su voluntad”. En el texto titulado *Aptitud civil de la república*, que se le atribuye a Sánchez Carrión, “la ley” era presentada como el eje y motor de la sociedad. La tarea de los poderes públicos era servir a esta última con “sabiduría y energía”. Otro elemento fundamental para la buena marcha de un gobierno era la opinión pública. De acuerdo con Sánchez Carrión, el “poder irresistible de los gobiernos liberales”, como lo era la opinión pública, jugó un papel fundamental en la independencia peruana. Una educación ilustrada era requisito *sine qua non* para la concreción de la agenda liberal. Un pueblo ignorante jamás podría disfrutar las ventajas de la libertad. Si el Perú quería ser parte de una “sociedad civilizada”, era necesario que sus autoridades promovieran “la adquisición de conocimientos”. Los redactores de *La Abeja Republicana* eran de la opinión que una vanguardia intelectual responsable debía preparar al pueblo para vivir en libertad. La instrucción era, en consecuencia, la brújula que indicaba la ruta que debía seguir la república.

Para los liberales peruanos, la libertad, la igualdad ante la ley y el cumplimiento cabal de esta última eran “los verdaderos resortes de la felicidad y prosperidad de los estados”. La celebración de la trilogía libertad, igualdad y justicia no logró desterrar, sin embargo, el cúmulo de contradicciones que marcó a una tendencia ideológica que antes de convertirse en opción política exhibió una carga semántica ambigua. Una serie de situaciones específicas, entre ellas la ausencia de un *hinterland* económico para los mentores del ideario liberal (los que en su mayoría eran clérigos y abogados), la inexperiencia política de sus líderes (en el Perú no se organizaron, como en otros lugares, juntas de gobierno) y el evidente desfase histórico de las fórmulas políticas que se articulan en el ex virreinato (en comparación con los cambios ideológicos que estaban ocurriendo en el escenario internacional), hizo complicada la tarea de los liberales peruanos, quienes no lograron una hegemonía similar a la de sus pares rioplatenses o mexicanos. A las limitaciones anteriores habría que agregar la presencia de la agenda bolivariana, que tuvo como uno de sus objetivos principales el sometimiento de los políticos peruanos. Ello a pesar de que en vísperas de su llegada, Simón Bolívar fue definido como “el único modelo cumplido del liberalismo verdadero”. El redactor de *El Nuevo Día del Perú* afirmaba que existían dictaduras déspotas y otras tendientes

a la consecución de “la libertad de los pueblos” —la bolivariana correspondía a esta última categoría—. La resignificación del concepto “liberal”, producto de una guerra larga y compleja y de la impotencia civil en un escenario cada vez más militarizado, fue preparando el escenario para la hegemonía de los generales peruanos, quienes en su camino a la consecución del poder se valieron de la prédica republicana, tanto en clave liberal como conservadora. Así, el republicanismo, asociado a la noción de ciudadanía armada tuvo muchos seguidores entre los miembros de la corporación militar. Mediante el mecanismo del golpe de estado los militares asaltaron el poder que mantuvieron mediante una “política de la traición”, que minó la frágil institucionalidad de un estado cuyos administradores no sólo promovieron la exclusión sino la deslealtad que junto a la cultura de la guerra extendieron por toda la república.

La traición, que como un Covid-19 del alma, carcomió y aún carcome nuestra institucionalidad, ha sido el tema central de una serie de escritos, e incluso de reconocidas piezas de la dramaturgia universal. “Hasta tú, Bruto” es la frase con la cual William Shakespeare sintetiza la sorpresa y el dolor de Julio César ante un pupilo en quien depositó confianza y cariño para recibir, a cambio, abyecta traición. Un tema que Shakespeare exploró, también, en Coriolano —metáfora de la traición por excelencia— y en Henry VI donde nos recordó que “el agua corre tranquila allí donde el arroyo es profundo. Y en su apariencia sencilla oculta la traición”.

En contraste con la popular imagen del infierno —como el lugar del fuego eterno— para Dante Alighieri los traidores sufren la condena del congelamiento perpetuo en un inmenso lago de hielo. En una zona llamada Judeca, en recuerdo de Judas Iscariote, encuentran los traidores a sus benefactores. Los castigados en este círculo dantesco viven completamente inmersos en el hielo, con sus cuerpos distorsionados en múltiples posiciones y condenados al silencio. Es muy probable que, de conocerlos, el gran Dante hubiera colocado en su *Divina Comedia* a los militares peruanos, quienes a partir de la traición a la constitución y al Mariscal La Mar, empezaron su loca carrera al poder, traicionándose y eliminándose mutuamente. Cabe recordar que la noche del 7 de junio de 1829 la vivienda piurana que alojaba al presidente constitucional José de La Mar fue rodeada y sus habitaciones violentamente ocupadas por el Batallón Pichincha. Uno de sus miembros irrumpió en su aposento y entregó una carta en la cual se le conminaba a una renuncia inmediata al cargo que ostentaba. Ante la negativa del comandante de la “División Peruana” en la batalla de Ayacucho, este fue obligado a cabalgar, acompañado de un piquete de soldados, con dirección a Paita. Ahí fue forzado a embarcarse, alrededor de las tres de la mañana, en la goletilla Mercedes con rumbo a Costa Rica. En una carta dirigida al Congreso, desde la ciudad de Cartago, La Mar apeló al derecho de defensa denunciando el “trato

miserable" que recibió, dando cuenta, asimismo, de las "privaciones sumamente penosas" que sufrió en su travesía hacia un exilio forzado. La "malignidad", que apuntó a desacreditar su actuación en la guerra contra la Gran Colombia seguida de la infundada acusación de ser un extranjero, tuvo por respuesta un comunicado en el que el simpatizante de la causa liberal aseguró haber defendido "los intereses sagrados" de sus "queridos peruanos".

Ser declarado "reo de lesa patria", concepto que atentaba contra su honor y buen nombre ganado con coraje en el campo de batalla, minó la salud física y mental de La Mar. Vencido y alejado de su tierra, José Domingo de La Mar Cortázar murió en San José (Costa Rica) el 11 de octubre de 1830, a la edad de cincuenta y cuatro años. En el sermón con motivo de la recepción, en Lima, de los restos mortales del presidente de la primera junta gubernativa, emanada del congreso constituyente, el arzobispo Tordoya se refirió al primer mariscal americano como el "Padre del Perú". El "odio de las facciones y la medianía niveladora", según Santiago Távara, además de la traición de sus pares, culminaron con la deportación ilegal y la muerte temprana del que para algunos historiadores es considerado, no sin razón, como el primer presidente constitucional de la república.

¿Cuál es la cura contra la traición que destruye los lazos sociales además de las instituciones? La lealtad que lleva a la confianza y a la construcción de colectivos capaces de caminar a una meta de bienestar compartido. No es una coincidencia que, en una historia plagada de sucesivas traiciones, como la nuestra, Miguel Grau, el marino leal a la república que marcha a la muerte desprotegido por el Estado, siga siendo un ícono irremplazable. Sin embargo, esa figura paradigmática no permite ver a otros actores anónimos trabajando leales y, sobre todo, en comunidad. Pienso en los miles de mujeres de las ollas populares que han regresado resueltas a dar la lucha por la vida. En los líderes amazónicos, como los caídos en Saweto, fieles a sus culturas y a sus bosques, que cuidan en nuestro nombre. En los maestros de nuestra serranía visitando a sus estudiantes a caballo para ver si reciben la señal de internet. En los centenares de médicos y policías que siguen cayendo víctimas del Covid-19 mientras malos comandos los traicionan por cuatro reales.

Introducir la palabra lealtad en nuestro vocabulario y nuestras prácticas cotidianas es fundamental para la forja de un nuevo pacto social que, respetando las diferencias, nos incluya a todos por igual. La lealtad a nuestras convicciones, la lealtad a nuestros seres queridos y amigos, la lealtad al Perú, esta tierra maravillosa donde nos tocó nacer, que lo único que espera es respeto, cariño y fidelidad. "La Constitución y las leyes serán reguladoras de mi conciencia" es una de las frases más notables de La Mar, quien nos dio independencia y república para ser traicionado y condenado a morir en el exilio. Su repatriación simbólica nos remite al tema de la traición y su némesis la lealtad, valor en el que debe

descansar la república que, ahora más que nunca, debemos reparar desde sus cimientos.

¿Qué hacer con una república tan agrietada como la peruana, a la que la pandemia ha desnudado en todas sus carencias? En una de sus canciones más bellas, *Anthem*, Leonard Cohen abordó un tema que en este momento de prueba resulta fundamental: la necesidad de apuntar a la esperanza, incluso en los momentos más oscuros de nuestras vidas. El futuro, por más difícil que sea, no puede derivar en la abdicación de las responsabilidades personales. “Toca las campanas que aún puedas tocar” es una hermosa estrofa de *Anthem* que va en esa dirección. Ciertamente, los problemas que afrontamos en la vida no necesitan soluciones perfectas porque el mundo es obviamente imperfecto. Más aún, “existe una grieta en todo” que podemos tratar de resanar para que, a través de las rendijas, de lo reparado, penetre la luz y, como muy bien subraya Cohen, surja la posibilidad de una resurrección. Ciertamente, el arrepentimiento solo llega en la confrontación con lo roto. Y, a estas alturas, quién tiene la menor duda de que en estos doscientos años de república, miles de esperanzas y, lo que es peor, vidas humanas —pienso en la suerte de los indígenas diezmados por los caucheros en nuestra Amazonía— fueron rotas por quienes creyeron que el Perú era su feudo personal.

Lo anterior me trae a colación la técnica japonesa del *kintsukuroi*, un término que “designa al arte de reparar con laca de oro o plata, entendiendo que el objeto es más bello por haber estado roto”. Así, en lugar de tratar de ocultar los defectos y grietas, estos se acentúan y celebran, como la parte más fuerte de la pieza. Lo anterior añade una estética única a las piezas reparadas al hacer que antiguas vasijas pegadas adquieran mucho más valor que las que nunca se rompieron. En ese contexto, pienso que el concepto de “república agrietada” (y no somos la única, si se tiene en consideración lo que ocurre actualmente con la norteamericana) puede servirnos para enfrentar las roturas de la república bicentaria que, como el racismo, la desigualdad y la injusticia, han causado y siguen causando muchísimo daño.

Por otro lado, esta hora amarga en que la verdad emerge con toda su dureza, nos convoca a analizar la reparación o, usando el término de Cohen, “la resurrección” del espíritu republicano y democrático, que este evidente cambio de era urgentemente demanda. Ojalá superemos la pandemia y logremos restaurarnos como nación única y diversa. A propósito de ello, en medio de la ola de muerte, desolación e indignación que azota a nuestro planeta, el fallecimiento del científico y humanista chileno Humberto Maturana (1928-2021) pasó casi desapercibido. Biólogo, filósofo y epistemólogo, el aporte de Maturana al pensamiento latinoamericano es notable, tanto en el campo de la biología del conocimiento como en el de la organización de los seres vivos y la teoría de sistemas. Cuando

descubrí *De máquinas y seres vivos: una teoría sobre la organización biológica* (1972) me entusiasmó la apuesta del autor por la complejidad, pero, especialmente, por la “biología del amor”. En esa clave, Francisco Varela, su discípulo, señala que los estudios sobre “el fenómeno de la vida” que, junto con su maestro desarrolló en la Universidad de Chile, apuntaban a celebrar la majestad y el poderío de la existencia humana. La noción de una “circularidad inalienable” entre el acto de conocer y vivir —esto es, que la experiencia vivida es la base de la exploración científica de la conciencia— confrontó aquella que veía a la vida como una sorpresa, surgida de un mundo material muerto y sin significado. En ese sentido, Maturana contaba que, durante su larga convalecencia de una tuberculosis que contrajo de adolescente, llegó a la conclusión de que siempre existía la posibilidad de empezar de nuevo si uno abrazaba la vida con el respeto y veneración que ella merecía. Para alguien cuya madre le regaló de niño la luna —haciéndole notar que tenía el mundo a su disposición— la felicidad era producto del desapego del poder, pero también de la autonomía y la capacidad de abrirse al mundo, creando y responsabilizándose del acto creador.

¿Cuál es la relevancia de las ideas de Maturana en estos tiempos de dolor extremo donde la violencia, física y verbal, se impone, y ya nada parece tener sentido en la degradada y vil política peruana? La obra del científico santiaguino, que no dudó en abrazar las humanidades para llevar sus estudios a un nivel superior, se centra en un término denominado “autopoiesis”. “Los seres vivos somos sistemas autopoieticos moleculares” es decir “sistemas moleculares que nos producimos a sí mismos”. Ciertamente, todo ser vivo es un sistema cerrado que está continuamente creándose a sí mismo y, por lo tanto, reparándose, manteniéndose y modificándose. De esa manera, la vida deja de ser una entelequia para convertirse en un proceso concreto en el cual cada uno es responsable de curar heridas propias, pero, también, ajenas. Y esto se ha visto claramente en estos tiempos de pandemia donde el cuidado del otro —no hay más que ver esas larguísimas colas para conseguir oxígeno y salvar la vida de la madre o el hermano— ha primado sobre cualquier otra consideración. Como millones de habitantes de este planeta, estoy cuidando a un enfermo y en esa labor he recordado que es en los actos pequeños —dar de comer, administrar la medicina o, simplemente, acompañar al paciente en silencio— que uno ayuda en la reparación de la vida ajena dotando de significado y sentido a la propia. La “fenomenología de la experiencia”, como la llama Varela, vuelca la vida mental hacia el campo de la acción que es, al final, la preservación de la especie. Y es ahí, en un sistema de salud pública de calidad, pero también de una vivienda digna y una alimentación saludable para millones de compatriotas, en lo que debemos trabajar arduamente en la fase de reconstrucción política, económica y cultural que se nos viene luego de vencer la pandemia, etapa final del reino de la muerte donde hemos habitado

por décadas. El legado de Maturana es no sólo explicar el vivir como servicio y constante sanación, sino reflexionar que esta última es un acto permanente, porque siempre es posible empezar de nuevo, pase lo que pase.

“Sin aceptación y respeto por sí mismo uno no puede aceptar y respetar al otro, y sin aceptar al otro como un legítimo otro en la convivencia, no hay fenómeno social” nos recuerda Maturana. Más aún, “un ser humano emerge como una persona adulta cuando en su conducta cotidiana surge espontáneamente como un ser autónomo y ético, capaz de colaborar desde el respeto por sí mismo y por los otros, pues no tiene miedo a desaparecer en la colaboración”. Entiendo que estamos en uno de los peores momentos de nuestra historia, pero estoy segura de que los miles de historias de entrega, dolor y sacrificio nos iluminarán el camino hacia el respeto por la vida, que durante siglos venimos maltratando y denigrando sin piedad.

Volviendo a la pregunta que inicia este ensayo respecto al bicentenario de la independencia como punto de llegada o de partida, propongo reflexionar colectivamente en torno a “¡Firme y feliz por la unión!”, ese lema patrio concebido hace doscientos años por el matemático y epidemiólogo José Gregorio Paredes. Sin embargo, a diferencia del momento fundante cuando se imaginó este conjuro, permanentemente traicionado, nos encontramos frente a ciento ochenta mil muertos, muchos abandonados a su suerte, que nos interpelan desde el más allá. Lo que nos lleva inevitablemente a la desesperanza en torno a la factibilidad de una república de iguales, al parecer inexistente si observamos sus resultados en la realidad. “Los corazones humanos no se unen solo mediante la armonía”. Ellos se unen, nos recuerda Haruki Murakami, herida con herida, dolor con dolor, fragilidad con fragilidad. Porque no existe silencio sin un grito desgarrador, no existe perdón sin que se derrame sangre, no existe aceptación sin pasar por un intenso sentimiento de pérdida. Esos son los cimientos de la verdadera armonía que pasa por el reconocimiento del trauma y de la pena. Estamos muy tristes en vísperas de nuestro bicentenario, pero, tal vez, ese dolor nos lleve a reflexionar sobre los viejos ideales de justicia, igualdad, felicidad, y luego de que la plaga haya pasado estemos dispuestos a construir una república en la que todos los peruanos seamos representados, apreciados y, sobre todo, amados. Es lo menos que nos merecemos a doscientos años de optar por una libertad que debe englobar todas las dimensiones de la condición humana y, al hacerlo, finalmente hermanarnos como una nación diversa, única y, por sobre todo, defensora de la vida que en el Perú siempre se abre camino para sorprendernos una y otra vez.